

capacidad para descubrir quiénes o qué son. Millás, en consonancia con su definición de la literatura como instrumento de conocimiento, aplica a sus narraciones un fondo moral que las convierte en piezas artísticas que sirven para vislumbrar comportamientos sociales reprochables y situaciones emblemáticas que definen la mitología de una época. Para ello, se sirve el autor de un enfoque irónico de los hechos (porque, si no, serían difícilmente aguantables) y de una autoparodia escasamente autocomplaciente. Millás opina que «No hay nada más raro que lo normal»⁷ y no podemos más que darle la razón: sólo hay que abrir un periódico o encender la televisión. Esta concepción poco edificante del mundo habla del nihilismo del autor, de su radical escepticismo. Por muy burlón que se nos muestre en sus columnas, por muchas sonrisas que nos arranquen sus lucidísimos comentarios, casi siempre nos desazona el fondo doloroso de lo que nos comunica. Millás ha dedicado bastantes textos y declaraciones a comentar las precarias y complejas relaciones que se establecen entre la realidad y el ser humano y, peor todavía, entre la realidad y el ser humano escritor. Para él, escribir es poner en cuestión la realidad, o sea, intentar comprender algo que cierra su sentido profundo al ser humano como si un muro invisible la blindara. La confusión, por tanto, viene de la misma naturaleza de la realidad, de la que los humanos formamos parte, con todas nuestras potencias y todo nuestro desconcierto intrínseco, con nuestro fardo de rarezas y perplejidades, y es que, como comenta Millás: «Yo pienso que gran parte de los acontecimientos que nos han marcado son irreales. Todos estamos marcados por experiencias de ese tipo que luego hemos censurado, que no están incorporadas como tales porque hay una ley no escrita que dice que eso es irreal. Pero no solamente en la vida del individuo: en la vida de los colectivos la experiencia de lo imaginario también ha sido más importante que la experiencia de lo real. Las grandes matanzas de la humanidad se han producido por cosas irreales, como Dios, o la patria, o tantas otras. Lo que llamamos irreal –que yo creo que es una zona de la realidad, pero bueno– es más importante que lo real»⁸.

Así, los relatos y novelas de Millás buscan intentar atrapar las normas ocultas de funcionamiento de la realidad, la posibilidad de que el azar tenga unas pautas estables de comportamiento que se puedan des-

⁷ *Declaraciones a Javier Rodríguez Marcos*, El País, Babelia, sábado, 13 de abril de 2002, p. 6.

⁸ *Pilar Cabañas, entrevista citada en nota 4, p. 105.*

cifrar. Surge así la noción, cara al autor, de la realidad como entelequia, con su mucho de broma grotesca y de sinsentido: atrapados en algo que quizá tenga un orden, aunque carecemos de las pautas de dicha ordenación. Y quizá la literatura tenga entre sus funciones la de desvelar ese funcionamiento profundo: «A lo mejor la literatura también consiste en parte en buscar la causalidad por debajo de la casualidad, en buscar las tramas que hay por debajo del azar, lo que hay de necesario por debajo de lo contingente»⁹. Desvelamiento del funcionamiento oculto de la realidad que debe comenzar inopinadamente por el conocimiento, también imposible, de uno mismo. Es decir, saber de nuestra identidad, quién somos y para qué vivimos. De esto nos habla la *Trilogía de la soledad*, ya que como dijo Millás en la presentación del libro: «También podría haber sido una trilogía de la identidad, porque los personajes están en situaciones límites abocados a la soledad como paso previo para conseguir una identidad»¹⁰.

Si no sabemos nada de las leyes de la realidad, quizá escribiendo sobre temas trascendentes que nos conciernen a todos logremos descubrir algo. Como Millás demuestra en *El orden alfabético*, un posible orden nos lo daría la enciclopedia. Sería ésta un ilusorio «mapa de la realidad» (cuando no hay otra cosa a la que agarrarse, mejor tirar del autoengaño)¹¹. Por todo ello, no nos debe extrañar que el tema básico de la obra narrativa de Millás, y central en la *Trilogía* que nos ocupa, sea la soledad junto a sus temas afines: la identidad, el otro, el doble, el espejo... asuntos todos ellos profundamente humanos y enormemente enigmáticos. «¡La soledad! La soledad es el meollo de nuestra esencia (...)»¹², escribía exaltadamente Miguel de Unamuno, palabras éstas con las que Millás estaría de acuerdo. La frase que encabeza

⁹ Pilar Cabañas, entrevista citada en nota 4, p. 113. En un futuro espero realizar un trabajo comparativo entre la obra de Millás y la del narrador estadounidense Paul Auster, ya que he detectado bastantes similitudes a la hora de enfrentarse al hecho narrativo. Además de ser prácticamente coetáneos (Millás nació en 1946 y Auster un año después), obras de Auster como *La invención de la soledad*, *Trilogía de Nueva York*, *La música del azar*, o *Experimentos con la verdad así lo demuestran. Dejo esta reflexión austeriana perteneciente a Experimentos con la verdad* (Anagrama, Barcelona, 2003) a modo de ejemplo: «Creo que mi tarea consiste en permanecer abierto a estos choques [hechos extraordinarios ocurridos en la realidad], mantenerme alerta ante estos misteriosos sucesos del mundo» (pp. 162-163). Millás nombra a Auster para elogiarle en la entrevista citada en nota 7, p. 6. Nuestro autor se refiere a este asunto en semejantes términos. Cf., por ejemplo, la p. 63 de su novela *Dos mujeres en Praga* (Espasa Calpe, Madrid, 2002⁷).

¹⁰ Noticia de Amalia Castilla citada en nota 6, p. 37.

¹¹ *El orden alfabético*, Alfaguara, Madrid, 1998², p. 124.

¹² *Cómo se hace una novela*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 74.

este artículo está extraída de la primera novela millasiana, *Cerberos son las sombras*, y nos dice que, por mucho que nos acompañen los demás, por mucho que el amor o la amistad nos puedan llenar la vida, lo esencial del ser humano es estar solo, al menos en este interno ámbito herético es donde se cocinan los sucesos más importantes para el ser humano (ideas, reflexiones, emociones, frustraciones, deseos...). André Comte-Sponville en su *Diccionario filosófico* escribe en la entrada dedicada a la soledad que ésta «es nuestra condición ordinaria: no porque no tengamos relaciones con el otro, sino porque estas relaciones no podrían abolir nuestra soledad esencial, que reside en el hecho de que estamos solos para ser lo que somos y para vivir lo que vivimos. [...] uno vive solo, siempre: porque nadie puede vivir en nuestro lugar». Nos introducimos casi sin quererlo en temas metafísicos: la naturaleza del ser y su finalidad. Millás, al respecto, expone la complejidad invariable del ser humano en uno de sus *Articuentos*, al escribir que «somos una catástrofe psicológica» y habitamos «en este amargo mundo, que desde hace ya mucho tiempo me parece un circo inacabable»¹³.

Arrojados a la vida solo nos queda vérnoslas con el sinsentido de un mundo organizado quién sabe cómo, montado para que prevalezcan la apariencia y el artificio. Y estamos solos. Eso nos define. No elegimos a nuestros padres, ellos nos entregan la vida y así nos vamos forjando, por mimetismo o por rechazo, una identidad, que será el disfraz del autoengaño para actuar en la comedia del mundo. La identidad sólo se define por ser una ilusión de unidad personal: «La identidad, la identidad. Si me preguntas en qué consiste no lo sé, pero si no me lo preguntas lo sé»¹⁴.

La soledad que nos ha acompañado desde el título de este artículo se puede entender como una proyección de la dicotomía vida interior (conciencia, pensamiento, imaginación...) – vida exterior (relaciones con los otros, comportamiento social...). Millás reflexiona magistralmente sobre esto en unas páginas de su novela *El orden alfabético*, párrafos succulentos que nos ilustran este asunto, que el autor resuelve con una voluntad continua de ruptura de ese binomio enlazando lo aparente exterior con lo interior, y viceversa. Éste es otro de sus rasgos de novelista más característico: «A veces contemplaba a mis amigos y me

¹³ Respectivamente, *Diccionario filosófico*, Paidós, Barcelona, 2003, p. 496; *Articuentos*, edición de Fernando Valls, Alba Editorial, Barcelona, 2001², p. 61 y *Primavera de luto*, *Suma de Letras*, Madrid, 2001, p. 15.

¹⁴ *Juan José Millás en Cuerpo y prótesis*, Ediciones El País, Madrid 2000, p. 74.